

***La guerra con Polonia***  
**León Trotsky**  
**5 de mayo de 1920**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[The War with Poland](#)”, en [Trotsky Internet Archive](#) (consultado el 30 de marzo de 2024). Informe a la sesión conjunta del Comité Central Ejecutivo de toda Rusia, el Sóviet de Moscú de Diputados Obreros del Ejército Rojo y las direcciones de los sindicatos y comités de fábrica, 5 de mayo de 1920.)

Camaradas, los frentes del norte, este y sur surgieron de la revolución de octubre y de la guerra civil. El frente del oeste, sin embargo, lo heredamos de la vieja guerra imperialista con Alemania y Austria-Hungría. Y nuestra primera preocupación, las primeras palabras que pronunciamos, después de la revolución de octubre, estaban dirigidas a liquidar el frente que habíamos heredado de la pasada guerra. Nuestra tarea consistía en lograr la paz. Nuestros regocijados enemigos nos han reprochado, hasta ahora, que luchamos por la paz, que nos levantamos en nombre de esta paz y, sin embargo, en lugar de ello, descendieron sobre nuestro país todos los horrores de la guerra exterior e interior. Pero esto demuestra simplemente que la clase obrera encuentra la más feroz resistencia en su camino, y no puede cumplir su tarea sin una severa lucha. Tiene que destruir los fundamentos mismos de ese orden que da lugar al conflicto sangriento y lo tiene que hacer con la misma fuerza de las armas, mediante el conflicto sangriento.

La línea del frente del oeste, que heredamos del zarismo, ha cambiado más de una vez durante los tres años de la revolución, y sus cambios se han reflejado en grandes acontecimientos que sacudieron a Europa y al mundo entero. El gobierno de Kerensky intentó, mediante su malograda ofensiva, cambiar la línea del frente: esto sólo condujo a una ampliación de la zona ocupada por los alemanes. Tan pronto como el poder pasó a manos de los sóviets obreros y campesinos, intentamos liquidar el frente del oeste proponiendo la paz a los gobiernos austriaco y alemán. Todos recordáis aquel trágico período. Tras unas negociaciones de paz en las que mantuvimos el programa de paz de la revolución obrera, nos vimos obligados (porque aún éramos demasiado débiles) a firmar, el 3 de marzo de 1918, la paz con el militarismo alemán, que era entonces el más poderoso de todos. En aquella época, la frontera pasaba por Yamburg, al este de Pskov y Polotsk.

Bajo el pesado casco del ejército de ocupación alemán, se fabricaron estados pseudoindependientes. Estaba la Finlandia de Mannerheim, cuyo odio hacia nosotros tenía un carácter puramente social, reaccionario-capitalista, pues, en lo que respecta a la cuestión nacional, el poder soviético reconoció la independencia de Finlandia desde el primer día en que empezó a vivir y a luchar. Se nos opuso Estonia, país contra cuya independencia nunca habíamos levantado la voz, y también Letonia, Lituania y Bielorrusia, Polonia y, por último, Ucrania, ocupada en su totalidad el 1 de mayo de 1918 por las tropas de Hohenzollern, convocadas por la Rada de Kiev.

En aquel difícil período, nuestra política hacia los estados fronterizos fue la misma que hoy. No sólo reconocimos y sancionamos la independencia de Polonia, sino que defendimos esta independencia frente al todopoderoso militarismo alemán. Nuestra delegación en las negociaciones de Brest-Litovsk se negó rotundamente a reconocer como representante de la Polonia independiente al gobierno de Kucharzewski, ese miserable agente de los buitres de Berlín. El imperialismo alemán necesitaba imperiosamente (sobre todo para influir en la opinión pública de sus propias masas trabajadoras) obtener nuestro reconocimiento, directo o indirecto, de aquel opresivo régimen de ocupación de Polonia que se presentaba como la autodeterminación nacional

del pueblo polaco. En aquella época los agentes de Hohenzollern ya intentaban robar esta fórmula a la revolución rusa y utilizarla como tapadera para sus conquistas y atropellos. Éramos demasiado débiles para ayudar en armas a la Polonia oprimida. Pero estábamos con el pueblo polaco contra sus opresores, y contraponíamos a la mentira ladrona de la diplomacia alemana nuestra verdad revolucionaria sobre Polonia. Sería absurdo e indigno que nosotros, un partido revolucionario, nos enorgulleciéramos de no haber ayudado, ni siquiera con el silencio, a los Hohenzollern a prostituir la fórmula de la autodeterminación del pueblo polaco, en aquellos días en que, según parecía, dependíamos de los Hohenzollern... Pero, ¿se puede dudar de que no hay otro gobierno en el mundo que, colocado en circunstancias similares, se hubiera negado a prestar este servicio inapreciable, pero muy sustancial, al imperialismo alemán, obteniendo a cambio una flexibilización de los términos del tratado de paz?

Más tarde, cuando el conde Mirbach vino a vivir a Moscú, y a veces se le veía en un palco del Teatro Bolshói, en las sesiones de nuestros congresos soviéticos, no retrocedimos ni un milímetro de nuestra posición. Mirbach nos pidió que reconociéramos, directa o indirectamente, que Polonia, aplastada bajo la bota de Hohenzollern, era una Polonia independiente y autodeterminada.

Respondimos que estábamos obligados a hablar con los verdugos alemanes de Polonia, que podíamos hablar e incluso, tal vez, estar obligados a firmar un tratado con el gobierno polaco, como agente de los verdugos todopoderosos. Pero nunca, bajo ninguna circunstancia, aceptaríamos decir que veíamos, en la Polonia crucificada por el imperialismo alemán, un pueblo libre y autodeterminado.

A finales de 1918, en el aniversario de nuestra revolución de octubre, tuvo lugar en Alemania una revolución que tuvo y sigue teniendo una importancia inconmensurable para el destino del frente del oeste, así como para el destino del mundo entero. Los estados fronterizos fueron sacudidos: sonó la hora de la liberación para Ucrania. La Rada de Kiev, a la que pertenecía Petliura y que había invitado a las tropas alemanas a entrar en Ucrania, había dejado de existir hacía tiempo. Después de servirse de ella, los alemanes la habían desechado como ropa vieja y habían nombrado a su agente Skoropadsky. Cayó tras la caída de Hohenzollern. Una ola de revueltas barrió Ucrania. La camarilla de Petliura se quejó al mundo entero de que Ucrania había sido conquistada por las tropas de Moscú. Eso fue hace mucho tiempo, y desde entonces Ucrania ha visto muchos cambios. Pero, no obstante, considero necesario afirmar que las tropas de Moscú no participaron prácticamente en la liberación de Ucrania de los regímenes de Skoropadsky y Petliura. La instauración del poder soviético fue lograda por fuerzas guerrilleras, por revueltas espontáneas, de cuyo hecho se desprende claramente qué poder es verdaderamente popular y verdaderamente nacional en Ucrania.

Después de Ucrania, todo el frente del oeste empezó a tambalearse.

Las fuerzas alemanas se disolvieron, fueron licenciadas y se retiraron o, si permanecieron, no ofrecieron resistencia. Las fuerzas rojas regulares que formaban la delgada pantalla del frente del oeste eran muy escasas en número y muy débiles. Entre ellas había rojos letones, rojos estonios y rojos finlandeses. Estas unidades avanzaron hacia el oeste sin resistencia y, yo diría, casi sin liderazgo.

En marzo de 1919 el territorio rojo se había extendido ampliamente hacia el oeste, hasta incluir Riga y Vilna. Nuestro Ejército Rojo se mantuvo muy ocupado en ese período, en el este y en el sur, tanto alternativa como simultáneamente. En el oeste, a la marea alta sucedió una marea baja, y el territorio rojo comenzó a reducirse.

Pero mientras el contorno del frente del oeste se alteraba, mientras esta línea se rompía en uno u otro lugar, la línea de nuestra política permanecía inalterable, basándose en el principio de la disposición completa, sincera e incondicional a reconocer la autodeterminación de los pueblos que antes habían formado parte del imperio zarista. Por

supuesto, no nos fue fácil hacer comprender esta verdad a las clases pequeñoburguesas y burguesas de esos países, y fue precisamente con ellas con quienes tuvimos que tratar. Estaban demasiado acostumbradas a medirlo todo con el rasero de sus propias opiniones, simpatías y antipatías. Por esa misma razón no creían en la sinceridad de nuestra intención de reconocer su independencia y, sólo por eso, apoyaban cada paso que se daba contra nosotros, cuando nuestra tarea era concentrar todas nuestras fuerzas en atender las necesidades económicas de nuestro país.

Después de que los estados fronterizos, con la ayuda del imperialismo de Europa occidental, fueron capaces de crear sus propias fuerzas armadas, no sólo enviaron esas fuerzas contra sus propios trabajadores, ajustando cuentas cruelmente con ellos, no se limitaron a purgar de la organización soviética a una considerable extensión de territorio, sino que avanzaron también una considerable distancia hacia el este. La línea del frente del oeste se había alterado de nuevo.

En cuanto a Polonia, después de que se hubiera apoderado de Lituania, Bielorrusia y una parte considerable del territorio ucraniano y gran ruso, es decir, a finales del año pasado, parecía que había alcanzado un cierto equilibrio entre su apetito y su fuerza. No tuvimos paz con Polonia, pero las operaciones militares no se desarrollaron, consistiendo como consistieron en acciones más o menos significativas de destacamentos de reconocimiento aislados. No se produjeron enfrentamientos serios. En ambos bandos crecía la convicción de que no habría guerra, que la guerra había terminado y que, pronto, la diplomacia equilibraría la balanza y firmaría un tratado de paz que, bueno o malo, completo o sólo a medias, significaría la paz. Así, nuestro frente del oeste vivía bajo el signo de una paz temprana esperada, y nuestra diplomacia soviética hacía todo lo posible para acelerar la llegada de esta paz.

En esta reunión que hemos convocado como reunión de guerra, como expresión de todo lo que hay de reflexivo y organizado en el proletariado de Moscú, para hacer un llamamiento a la guerra en todo el país, considero necesario hacer el balance del último período de la labor de nuestra diplomacia en relación con Polonia, de los continuos esfuerzos que hicimos para establecer relaciones pacíficas con ella.

A través de todos los cambios en el equilibrio de fuerzas y en la línea del frente en occidente, nuestra diplomacia se mantuvo en una misma línea revolucionaria, es decir, en el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de los pueblos que antes estaban sometidos al yugo del zarismo ruso y que, por esa razón, pueden ser desconfiados e inclinados a sospechar de cualquier intromisión de Rusia sobre ellos. Sólo con dificultad, y con hechos, no con palabras, obligamos a nuestros enemigos a convencerse de que somos el único partido, el único estado, el único gobierno del mundo que reconoce realmente la autodeterminación de los pueblos.

Pero también aquí nuestros enemigos, incluida Polonia, dijeron: los bolcheviques no están unidos en este asunto, hay diferentes agrupaciones entre ellos. Unos reconocen la independencia de Polonia, otros la rechazan, entre ellos hay un partido de guerra. Los burgueses nos miden con el rasero del estado burgués, en el que, indefectiblemente, existe un partido de guerra que, a la manera de Ludendorff, somete el gobierno de su país a su voluntad.

Aquí no hay partido de guerra: aquí existe el programa claro y nítido del partido comunista, impregnado de la sangre de decenas de miles de proletarios, y éste es al mismo tiempo el programa de nuestro gobierno: este programa nos obliga, y lo que el programa nos obliga a hacer, lo hacemos, y le servimos, de palabra y de obra, con nuestra sangre y con nuestra vida, en la clandestinidad, en las barricadas y en el poder. Desde el primer día en que la historia hizo añicos la tapadera colocada por el imperialismo alemán sobre los estados fronterizos, nuestra diplomacia comenzó a dar pasos para establecer relaciones pacíficas con ellos, y no en último lugar con Polonia. El primer gobierno polaco formado

después de la ocupación, el de Moraczewski, un chovinista pequeñoburgués, se dedicó a hostigar con odio y salvajismo a la Rusia soviética. En respuesta a nuestras propuestas directas para el establecimiento de una línea de demarcación, un armisticio y la paz, los agentes del gobierno de Moraczewski, como todos recordáis, el 2 de enero de 1919 asesinaron a miembros de nuestra delegación, de la misión de la Cruz Roja<sup>1</sup>, la más pacífica de las organizaciones, a la que estos gobiernos “cristianos”, estos gobiernos “católicos” consideran bajo el estandarte de la cruz. Mataron a todos los miembros de la delegación, y a su cabeza, al camarada Wesolowski, uno de los fundadores del partido del proletariado polaco, una persona y un revolucionario digno, devoto, abnegado y profundamente humano. Esa fue la primera respuesta del gobierno pequeñoburgués chovinista de Moraczewski a los esfuerzos de paz de nuestra diplomacia. Entonces, ¿cesó nuestra diplomacia en sus esfuerzos? En absoluto. Con una paciencia y un sistema que realmente merecen el más alto reconocimiento, nuestra diplomacia no dejó pasar ni una sola oportunidad, día tras día, para insistir en que la paz era posible y necesaria.

El gobierno de Moraczewski cayó. Le sucedió el gobierno abiertamente burgués de Paderewski. Al principio, Paderewski parecía dispuesto a adoptar una posición diferente en relación con la Rusia soviética. Se envió a Moscú a un representante semioficial, Alexander Wieckowski. El Comisariado de Asuntos Exteriores entabló inmediatamente conversaciones con él sobre todas las cuestiones básicas de nuestras relaciones con Polonia. Wieckowski regresó a Varsovia. No hubo respuesta. De nuevo surgió en Polonia una oleada de desconfianza burguesa y de odio burgués hacia la Rusia soviética, una oleada de esperanza en los planes de Clemenceau, que entonces todavía estaba en el poder, y de Lord (sic) Churchill, que echaba espuma por la boca mientras nos amenazaba.

El 18 de abril de 1919, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores volvió a plantear la cuestión de las relaciones ruso-polacas. Por aquel entonces, las tropas polacas, violando todas las llamadas “reglas” de guerra, se disfrazaron de hombres del Ejército Rojo, entraron en Vilna y se apoderaron de esta ciudad lituana. En aquel momento, por supuesto, los chovinistas polacos pensaron que ellos eran fuertes y nosotros impotentes. Nuestra situación en los otros frentes era difícil. Por consiguiente, después de tomar Vilna, la capital de Lituania, los guardias blancos polacos en el poder consideraron que había llegado el momento de proclamar que no hablarían con la potencia soviética, que había violado todos los usos internacionales (decían esto, ellos, que habían matado a nuestra delegación de la Cruz Roja, ellos, que habían disfrazado a sus legionarios para tomar Vilna de manera ladrona.

El 22 de diciembre de 1919, el Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores presentó al gobierno polaco una propuesta abierta y formal, por vía inalámbrica, para entablar negociaciones de paz. El camarada Chicherin se sirvió para ello de las declaraciones del viceministro polaco de Asuntos Exteriores, Skrzynski, quien afirmó impúdica y mentirosamente en el Sejm que el gobierno soviético nunca había presentado a Polonia ninguna propuesta de paz. El 22 de diciembre el camarada Chicherin dirigió una nota formal a Polonia por radio, y todo el mundo la escuchó. Sin embargo, no hubo respuesta.

El 28 de enero de 1920, es decir, más de un mes después, se envió un nuevo llamamiento al gobierno y al pueblo polacos, firmado por el Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, el Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores y el Comisario del Pueblo para Asuntos Militares. Este llamamiento, perfectamente formal y preciso,

---

<sup>1</sup> En diciembre de 1918 llegó a Varsovia una misión de la Cruz Roja soviética, para negociar el problema de los “desplazados” rusos en Polonia. La misión estaba dirigida por un comunista polaco, Wesolowski. El gobierno de Varsovia la acusó de agitación política. Se ordenó a la misión que abandonara Polonia, pero sus miembros fueron asesinados por su escolta de gendarmes polacos.

incluía entre sus propuestas: en primer lugar, la confirmación de la nota del camarada Chicherin del 22 de diciembre; en segundo lugar, una declaración categórica de que considerábamos inviolable el territorio de Polonia; y, en tercer lugar, el anuncio de que, mientras esperábamos la respuesta del gobierno polaco y esperábamos un armisticio y la paz, ordenábamos a nuestras tropas que no cruzaran una determinada línea. Esta línea estaba definida: era la línea en la que se encontraban nuestras tropas en aquel momento. En nuestra nota declarábamos, además, que no habíamos concluido ningún acuerdo, trato o tratado secreto, ni con Alemania (como temía Polonia) ni con ningún otro país, que pudiera estar dirigido, directa o indirectamente, contra Polonia. Por último, concluíamos el documento con la declaración de que, entre Rusia y Polonia, no había ninguna cuestión disputada que no pudiera resolverse pacíficamente, mediante negociaciones diplomáticas o, en la medida en que se tratara de disputas sobre territorio, mediante un plebiscito. Ese fue el documento que emitimos. Tampoco nos detuvimos ahí. Sin esperar la respuesta polaca, el Comité Central Ejecutivo de toda Rusia había aprobado y ratificado, en su sesión del 2 de enero, el llamamiento que habíamos dirigido al gobierno y al pueblo polacos, y emitió una declaración en la que se formulaban de nuevo clara y definitivamente las intenciones y deseos pacíficos de Rusia hacia la república polaca.

Y así, el 28 de enero, enviamos nuestra nota. El gobierno polaco necesitó dos meses para verse obligado, bajo la presión de las masas obreras polacas, a dar una respuesta formal a nuestra nota. El 27 de marzo, Patek, ministro polaco de asuntos exteriores, propuso iniciar las conversaciones en Borisov, es decir, en una ciudad capturada por los polacos, en la zona adyacente al frente. Nuestros diplomáticos respondieron el 28 de marzo, es decir, al día siguiente, proponiendo, en primer lugar, un armisticio inmediato, como condición necesaria para las conversaciones de paz, y, en segundo lugar, que las conversaciones se celebraran en suelo neutral, sugiriéndose Estonia. El gobierno burgués polaco se negó en redondo a aceptar un armisticio general y propuso que el armisticio se limitara a un pequeño sector cerca de Borisov. En otras palabras, el gobierno polaco nos dijo: ‘No habrá armisticio en el frente. Mientras negociamos seguiremos avanzando’. Aquí está la pequeña ciudad de Borisov, que os hemos arrebatado. Les ordenamos que se presenten en este lugar. Aquí, alrededor de Borisov, organizaremos un armisticio en vuestro beneficio (tres *sazhens* a la derecha, tres *sazhens* a la izquierda), pero en otros sectores, si lo deseamos, avanzaremos. Me han dicho que el archiburgués y archihostil periódico británico *The Times* escribió que se trataba de una exigencia sin precedentes y que eran condiciones inauditas. Sólo una “Excelencia” bárbara, ebria de victoria, con el pie en el cuello de un enemigo postrado, podía hablar así. Pero no estamos postrados, estamos y seguiremos estando firmemente erguidos. Un sentimiento de repugnancia ante la insolente estupidez de los refinados salvajes de Varsovia nos afectó muy fuertemente, pero, sin embargo, nuestra diplomacia no se dejó gobernar por los sentimientos, sino que escuchó únicamente la voz de la razón. Con palabras tranquilas, que incluso chocaron a algunos camaradas (“¿Cómo se puede responder a esta insolente provocación con un tono tan imperturbable?”, exclamaron), sí, con palabras tranquilas, nuestros diplomáticos explicaron que no podíamos aceptar a Borisov. ¡No fue en absoluto por razones de prestigio, camaradas! Sabéis muy bien que despreciamos lo que la diplomacia burguesa llama prestigio. Para nosotros lo único que importa son los intereses de las masas trabajadoras. Si se nos presentara la oportunidad de acercar la paz en 24 horas, o incluso en 24 minutos, ningún prejuicio sobre el “prestigio” se interpondría en nuestro camino. Pero aquí no se trataba de prestigio. ¿Cómo podíamos permitir que un enemigo armado hasta los dientes y que seguía luchando eligiera los lugares en los que habría o no armisticio? Y si, para rechazar al enemigo que seguía avanzando, necesitábamos dirigir un golpe en dirección a Borisov, ¿debíamos dejar que el enemigo nos atara de pies y manos? Es evidente que debíamos rechazar esta

exigencia. No obstante, intentamos complacer al gobierno de Varsovia. Propusimos como lugar para las conversaciones de paz no sólo Estonia (a cuyo gobierno habíamos solicitado permiso para organizar una conferencia de paz en suelo estonio, y del que habíamos recibido una cortés respuesta), sino también Petrogrado, Moscú o Varsovia. Además, ni siquiera insistimos en un armisticio general. Esta propuesta nuestra fue rechazada sin explicaciones. El 7 de abril, el gobierno polaco respondió que no entablaría más discusiones con nosotros sobre el lugar donde debían celebrarse las negociaciones. Un caso sin precedentes en la historia, incluso en opinión de *The Times*, cuando el gobierno de un país que lucha contra nosotros exige, en un ultimátum, que llevemos a cabo las negociaciones en una ciudad que nos ha arrebatado y que está casi en primera línea. Cuando les proponemos otras ciudades (nuestras, polacas o neutrales), nos responden: ¡no vamos a negociar con ustedes sobre el lugar donde se celebrarán las negociaciones!

¿Qué hicieron nuestros diplomáticos? No perdieron el control de sí mismos. No permitieron que su línea se desviara. El 23 de abril anunciaron a todo el mundo, en una nota abierta, que, además de cualquier país neutral, Petrogrado, Moscú o Varsovia, Londres o París, aceptarían un lugar diferente en la zona bajo ocupación polaca. Si quieren que sea Grodno, de acuerdo; si quieren que sea Bialystok, que sea Bialystok. Sólo que no debe ser una ciudad en la zona de operaciones militares. Esa fue la propuesta enviada por nuestros diplomáticos como respuesta. No hubo respuesta. Nuestros diplomáticos se dirigieron, con nuestra propuesta, a la Entente, a Gran Bretaña y Francia, que están detrás de Polonia, y les pidieron que intervinieran, si querían la paz y las relaciones comerciales con nosotros. No hubo respuesta. Los aventureros de Varsovia querían la guerra a cualquier precio.

Mientras tanto, Pilsudski, el “Jefe de Estado”, como se llama a sí mismo, y comandante en jefe del ejército polaco, reunía sus divisiones y preparaba su mascarada petliurista para conquistar Ucrania. En la forma en que introdujo a Petliura (ese distinguido señor de la guerra de la feria de Sorochintsy<sup>2</sup>) en el negocio, Pilsudski demostró ser un verdadero alumno de los imperialistas alemanes, hasta el punto de repetir servilmente los detalles. Cuando, en la primavera de 1920, los alemanes decidieron saquear Ucrania, eligieron como pantalla, u hoja de parra, una miserable empresa que se hacía llamar Rada de Kiev. Petliura pertenecía a este grupo, y sirvió en aquellos días como una herramienta obediente en manos de Hohenzollern y Habsburgo. Después de que los imperialistas alemanes hubieron utilizado a Petliura, desecharon a este ridículo dictador de la comedia musical ucraniana, como un trapo para el que ya no tenían necesidad. Cuando cayó Skoropadsky, Petliura vendió sus servicios a la Entente y utilizó su dinero para formar sus bandas. Sin embargo, la revolución soviética en Ucrania no tardó en barrerlo. Ahora, cuando Pilsudski, urgido por los mismos elementos depredadores del imperialismo, ha emprendido la esclavitud de Ucrania, se esconde detrás de ese mismo Petliura. Y el desdichado “Hetman”, que se vendió a los generales austro-alemanes y a los imperialistas anglo-franceses, no ha dejado, por supuesto, de vender sus servicios a la alta burguesía polaca. Después de que, en marzo, Pilsudski se apoderara de Mozyr, Kalinkovichi, Ovruch y Rechitsa, el 23 de abril abrió una ofensiva en el frente Vothynia-Kiev, tomando Zhitomir y Zhmerinka, y dirigió sus fuerzas principales hacia Kiev. En este momento las fuerzas polacas amenazan directamente a Kiev y a toda Ucrania, y con ello también a la Rusia soviética, que está unida a Ucrania en unidad espiritual, material y militar.

Tras irrumpir como un lobo salvaje en Ucrania, Pilsudski publicó un manifiesto zorruno que debía explicar que no estaba estrangulando a Ucrania, sino liberándola. Fue

---

<sup>2</sup>. La feria de Sorochintsy es un cuento de Gogol (en la colección *Veladas en una granja cerca de Dikanka*), lleno de cómicos personajes campesinos ucranianos: Musorgsky basó una ópera en esta historia.

con la misma receta con la que Guillermo II liberó Ucrania hace dos años. A cambio de la Ucrania de la orilla derecha, donde Pilsudski promete establecer el gobierno de Petliura (sólo los tontos pueden creer esto), Petliura entregará a Pilsudski el territorio situado al oeste de la línea del Zbruch y el Styr, o el Goryn<sup>3</sup>, es decir, toda la Galitzia oriental, la Volinia occidental, Polesia y el distrito de Jolm. Este territorio comprende más de 100.000 verstas cuadradas, con una población de siete millones y cuarto de habitantes, de los cuales cinco millones y cuarto son ucranianos, bielorrusos y granrusos. Así, en esta feria de Sorochintsy, el gran señor de la guerra Petliura está vendiendo cinco millones de ucranianos a la alta burguesía polaca a cambio de la promesa de ésta de hacer de Petliura su cuidador en la Ucrania de la margen derecha.

Este repugnante trato será resistido no sólo por el proletario y el trabajador agrícola, no sólo por el campesino medio de la provincia de Kiev, sino incluso por el kulak ucraniano que vive en la orilla derecha del Dniéper, el kulak más atrasado en todos los sentidos. Esto significará una ola de protesta e indignación que involucrará al 99% de la población. Esta protesta inevitable, fusil en mano, contra Petliura y su amo Pilsudski, es una garantía completa e incuestionable de que la victoria será nuestra en la dura y pesada lucha que nos espera.

Sí, la lucha será dura. El ejército polaco no es pequeño. Ha sido formado con gran minuciosidad durante el último año. Posee una considerable reserva de mano de obra: dentro de las actuales fronteras de Polonia hay unos 35 millones de personas. Es cierto que sólo un poco más del 38% de ellos son polacos, y este hecho (el régimen coercitivo de la nobleza polaca no sólo sobre sus propios obreros y campesinos, sino también sobre masas de personas de otras nacionalidades) tendrá, por supuesto, un efecto desintegrador sobre el ejército polaco. Pero eso se manifestará, al igual que las contradicciones de clase, que son muy agudas en Polonia, y también tendrá un efecto decisivo, sólo después de que hayamos asestado un golpe concluyente.

La clase obrera polaca no quería ni quiere la guerra. Los campesinos polacos sólo han recibido migajas del nuevo régimen, el régimen de Pilsudski y sus aliados de la alta burguesía: o, más correctamente, sólo han recibido la promesa de migajas. No pueden soportar este régimen durante mucho tiempo; no pueden entusiasmarse por una guerra que les acarreará un aumento de los impuestos estatales y que, si se prolonga, les reducirá a la pobreza más absoluta, al agotamiento más absoluto.

Todo esto está fuera de toda duda, pero aún no está claro para todos los campesinos polacos. Los prejuicios nacionales son todavía fuertes entre ellos. Después de una larga época de opresión, Polonia ha sido hasta ahora una república independiente durante demasiado poco tiempo. El sentimiento nacional está todavía demasiado fresco, el período de luna de miel de la independencia del estado no ha terminado todavía, y es en estos sentimientos en los que el “Jefe del Estado Polaco”, Pilsudski, intenta basar su política. Aún no se han superado la desconfianza y el odio que sienten las masas campesinas más atrasadas hacia Rusia y las cosas rusas, porque en sus mentes y recuerdos “Rusia” y “ruso” significan “zar” y “zarista”. Este es el capital histórico del que espera sacar interés el “Jefe del Estado” Pilsudski.

Así pues, una amplia reserva de hombres, viejas tradiciones nacionales, ahora renovadas por la creación de la república, y una actitud de sospecha hacia Rusia y todo lo ruso, establecida desde hace mucho tiempo, son los elementos que constituyen ventajas que pesan en la balanza a favor de Pilsudski y las fuerzas que lo apoyan.

---

<sup>3</sup> El río Zbruch, afluente del Dniéster, era la antigua frontera entre Austria (Galitzia Oriental) y Rusia (Ucrania orilla derecha). El Styr y el Goryn son dos ríos de Polesia, al este de Pinsk, separados por casi 50 kilómetros de distancia, desembocan hacia el norte en el Pripet. En el acuerdo entre Pilsudski y Petliura el 21 de abril de 1920 se estipulaba que el destino de los distritos de Rovno, Dubno y Kremenets, situados entre estos ríos, debía ser resuelto en un tratado posterior, formulado con mayor precisión.

Pero, visto en términos generales, su régimen es interiormente débil y, no sólo en sus rasgos básicos, sino también en muchos detalles, recuerda al de Kerensky. La incertidumbre y la discordia reinan en todos los rangos de oficialidad superior del ejército. Entre ellos hay dos organizaciones diferentes: los oficiales que apoyan a Pilsudski y los oficiales que apoyan a los nacionaldemócratas, el equivalente polaco de nuestros cadetes y octubristas. Estas dos organizaciones están enfrentadas en una hostilidad mutua. Los obreros están descontentos. Los campesinos están descontentos. Todos ellos son factores de amargo conflicto, tanto entre los círculos dirigentes como entre éstos y los sectores inferiores rebeldes. Pero todos estos factores fructificarán como el resultado final, como el coronamiento, de nuestros últimos esfuerzos. Sería un error muy profundo suponer que la historia comenzará abriendo ante nosotros la revolución obrera polaca, evitándonos así la necesidad de librar una lucha armada. No. Mientras amplias masas del campesinado y de la pequeña burguesía de Polonia piensen que la Entente lo es todo, que la Entente se encargará de todo, que la Entente quiere la guerra con Polonia y que, para preservar su independencia, Polonia está obligada a luchar contra nosotros, si no por motivos internos, sí bajo la presión de la fuerza exterior. Mientras esta opinión, difundida y sostenida por los periodistas amarillos polacos, ejerza una influencia sustancial, no nos quedará otra salida que demostrar que, además del poder de la Entente, existe otro poder, el poder de los obreros y campesinos rusos, el poder de nuestro Ejército Rojo, y que cualquier violación de las fronteras de la Rusia soviética y de la Ucrania soviética será rechazada sin piedad.

Hoy, camaradas, en estas semanas en que la clase obrera de Rusia, cansada, desnutrida, ansiosa de ponerse a trabajar pacíficamente, se dirige de nuevo a tareas bélicas, se levanta para lanzar un despiadado desaire a la alta burguesía polaca; en este período todo el que en nuestro país sea honorable, debe reconocer que la única fuerza que defiende ahora la independencia del pueblo ruso y el futuro de Rusia es la clase obrera rusa, es el gobierno de esa clase, el poder comunista soviético. Y por eso, camaradas, muchos que ayer eran nuestros enemigos, y que hoy siguen siendo nuestros adversarios por razones de principio en lo que se refiere a las cuestiones sociales, religiosas y otras, se sienten obligados a inclinarse ante el gran papel que desempeña ahora la clase obrera, como pivote del que depende nuestro país y sin el cual caería en el abismo. Citaré aquí un ejemplo, un hecho sobre el que me acaban de preguntar en una nota escrita: el ejemplo de un general que desempeñó un gran papel en la época del zarismo y que bajo Kerensky fue comandante en jefe supremo, un hombre que por su edad y educación no es de los nuestros, a saber, Brusiov. Envío una carta al jefe del estado mayor de toda Rusia diciendo que el gobierno anterior había cometido siempre un grave error al negar la independencia al pueblo polaco, y que el gobierno soviético había actuado muy correctamente al reconocer esa independencia. Sin embargo, dice, desde el momento en que Polonia (habría sido más correcto decir, la burguesía polaca, que se arrastró ante el anterior gobierno, lamiéndole la mano, pero que ahora quiere rebanarle la garganta al pueblo ruso) desde ese momento, dice Brusiov, se ha convertido en el deber de todo ciudadano ayudar al poder soviético. Y propone que se convoque una junta consultiva (no, por supuesto, para tomar el mando, como algunos temen), no, una junta consultiva militar con autoridad que se ponga a trabajar en cuestiones de abastecimiento, refuerzos, formación de comandantes, mejor uso de los ferrocarriles, etcétera.

Brusiov es un hombre de otra época, de otra escuela, e indudablemente tiene puntos de vista muy alejados de los nuestros. Pero desde el momento en que declara franca, honesta y valientemente que quiere ayudar a la clase obrera rusa con sus conocimientos y su experiencia, le decimos: bienvenido. En este temible conflicto aceptaremos el apoyo y la ayuda de todos los ciudadanos honorables. Estábamos en contra de lo que los alemanes llaman *Burgfrieden*, es decir, “paz civil”. Estábamos en contra de

la paz entre el proletariado esclavizado y la burguesía ladrona. Decíamos: ‘¡No hay paz civil’, sino guerra civil! Pero cuando la clase obrera lucha por su independencia y su libertad, y cuando los representantes de otras clases sociales, que ya han sido privados de sus ventajas y privilegios, reconocen el liderazgo de la clase obrera y acuden en su ayuda, decimos que aceptaremos esa ayuda, la acogeremos con satisfacción y haremos uso de ella en la medida de nuestras posibilidades.

Camaradas, me gustaría que os llevarais de esta reunión, como conclusión principal, la idea de que la lucha que nos espera será una lucha dura e intensa. La burguesía polaca sabe que, al atacarnos, ha puesto en peligro todo su destino. Y los que están detrás de ella saben que la Polonia de los guardias blancos, opresora del proletariado polaco que está ligado al proletariado de Petrogrado y Moscú por décadas de lucha revolucionaria conjunta, que esta Polonia de los guardias blancos está tratando de erigir una barrera entre nosotros y Europa. La burguesía polaca dice que los rusos, esos bárbaros y escitas, deben ser empujados hacia el este. Pero nosotros luchamos hacia el oeste, para encontrarnos con los trabajadores europeos, que saben que sólo podremos encontrarnos con ellos sobre el cadáver de la Polonia de los guardias blancos, en una Polonia obrera y campesina libre e independiente.

La lucha será terrible. Pero, si me preguntan por el resultado probable de esta lucha, les diré que nunca he estado tan seguro de que venceremos y aplastaremos finalmente al enemigo como esta vez. Llevamos dos años y medio luchando sin descanso, y en ese período hemos aprendido algo. Hemos tenido, por supuesto, y seguiremos teniendo reveses como el que sufrimos en Zhitomir, y quizá más graves que ése. En el frente del oeste, que era un frente secundario para nosotros, y a través del cual nuestros diplomáticos mantuvieron negociaciones durante mucho tiempo, no fue difícil para Pilsudski golpearlos. Pero nosotros poseemos reservas y refuerzos. Cuando cambiamos nuestro ejército de pie de guerra a pie de trabajo, dijimos que estábamos transformando nuestras fuerzas armadas de una madeja en un ovillo. Pero si nuestros enemigos, al ver nuestra reorganización, deciden que lo hacemos porque nos hemos cansado y queremos rendirnos, entonces daremos marcha atrás y desenrollaremos el ovillo para convertirlo en una madeja. Eso es lo que se está haciendo. Nuestros ferrocarriles, alimentados con pipas de girasol y reforzados por miles de trabajadores, han estado trabajando con redoblada energía. Nuestros regimientos de trabajadores se dirigen desde todas las direcciones hacia el frente del oeste. Sin duda, a estos regimientos les falta ese elemento que es la sal de nuestro ejército, es decir, obreros avanzados. Nos ha sucedido más de una vez que un regimiento joven y políticamente inmaduro no ha demostrado suficiente vigor y fuerza, pero ha bastado añadirle un solo puñado de nuestra sal, es decir, un grupo de obreros comunistas, para que se obtenga de inmediato un resultado completamente distinto. Proclamamos, pues, la movilización del partido, con la advertencia de que la lucha será dura y tenaz. Hemos tomado todas las medidas para asegurar en todos los sentidos nuestras necesidades para la campaña de invierno que tenemos por delante, especialmente en lo que se refiere al abastecimiento.

Nuestra primera orden ha sido cumplida. Los comunistas de Petrogrado, que ya están aquí entre nosotros, parten hoy para el frente. Luego les tocará a los moscovitas y a todo el resto del país. Comunistas, ¡al frente del oeste!

Arrancados una vez más del trabajo económico, llegarán al frente del oeste y dirán a las muchas decenas de miles de hombres del Ejército Rojo, obreros y campesinos, que se han reunido y se reunirán allí: nosotros, los proletarios de Moscú y Petrogrado, hemos venido a vosotros como enviados desde el corazón mismo de nuestro país, porque este corazón está amenazado por la alta burguesía polaca. Hermanos campesinos, no hemos derramado nuestra sangre en nuestro país para doblegarnos ahora como esclavos a la fuerza, para poner nuestros cuellos sumisamente bajo el yugo de Pilsudski y sus

poderosos amos. Si la alta burguesía polaca ha buscado la guerra, si nos ha forzado a la guerra, entonces esta guerra, con todos sus truenos y calamidades, caerá sobre sus cabezas, y la victoria será nuestra, la victoria de la Rusia obrera.

\*\*\*

*Todo este informe fue repetido el 10 de mayo de 1920 en una reunión en Gomel, y fue dedicado a los cursos de mando de Minsk, en memoria del encuentro ante Rechitsa. Tal como fue pronunciado en Gomel, el discurso terminó con estas palabras*

La ciudad de Gomel, que se encuentra casi a la vista de nuestro frente, es una de las ciudades potencialmente en peligro. Para que este peligro potencial no se convierta en realidad, es necesario que nuestro frente cuente con una retaguardia firme y fiable. La alta burguesía polaca tiene muchos agentes en nuestro país. No he hablado en vano ni en broma de los partidarios de Pilsudski y Petliura que puede haber incluso aquí, en pequeño número. Operan en los ferrocarriles, difunden mentiras, veneno, calumnias y provocaciones entre los obreros rusos, los campesinos y los hombres del Ejército Rojo. Estos espías tratan de causar daño en todas partes, dondequiera y comoquiera que puedan. Nuestra tarea, el deber sagrado de todos los ciudadanos honorables, en estas difíciles condiciones, es ayudar al Ejército Rojo en todo lo que podamos. Debemos vigilar de cerca la actividad de las personas sospechosas, de los agentes de Pilsudski y de la contrarrevolución, y hacer caer sobre ellos el puño despiadado del tribunal revolucionario cada vez que se les encuentre culpables de atacar o perjudicar a la república obrera y campesina.

Hoy, camaradas, estuve ante Rechitsa. Allí, en nuestro frente, me informaron de las indescriptibles atrocidades que han cometido los oficiales polacos de los guardias blancos y los kulaks contra los hombres capturados y heridos del Ejército Rojo. Ya no reconocen la condición de prisioneros de guerra. No sólo ahorcan a los comunistas, sino también a todos los hombres del Ejército Rojo que no pertenecen al partido y que caen en sus manos; exterminan incluso a los heridos y a los enfermos. Camaradas, pregunté si esto no era una exageración, una calumnia, porque no se debe calumniar ni siquiera a un enemigo. Me dijeron: ‘Fulano llegó en tal fecha, otro se abrió camino hasta aquí, todos son hombres dignos de confianza, todos han visto y todos confirman estas espantosas atrocidades’.

¿Cómo hemos respondido a esto? Hoy hemos emitido desde el Consejo Militar Revolucionario de la República una orden a todas las tropas del frente del oeste para que no se venguen de estos abusos contra los indefensos prisioneros polacos. Si hacemos prisionero a un obrero o a un campesino polaco, camaradas, que le corten la mano a aquel hombre del Ejército Rojo que levante un cuchillo contra cualquiera que esté capturado, desarmado, enfermo o herido. Nosotros luchamos sólo contra hombres armados. ¿Por qué la burguesía polaca fusila a nuestros obreros y campesinos que toma prisioneros? Porque saben que un hombre honorable del Ejército Rojo sigue siendo siempre un enemigo jurado de los magnates y de los agresores. Pero si nos sentamos al lado de un obrero o de un campesino polaco a quien hemos hecho prisionero y le exponemos nuestra verdad, contra las mentiras de Pilsudski y de sus magnates, entonces ese obrero o ese campesino polaco se convertirá, en pocas semanas o en pocos días, en el enemigo más acérrimo de Pilsudski. Así transformamos en revolucionarios a los soldados alemanes que más tarde se sublevaron contra Withelm, y también a los soldados austriacos y húngaros, y a los soldados de Kolchak y Denikin. Todos ellos pasaron por nuestra escuela. No fusilábamos a nuestros prisioneros, sino que los convertíamos en luchadores conscientes. Por eso, también los legionarios polacos, los obreros y campesinos polacos, a quienes tomamos prisioneros, no deben temer la crueldad y la ejecución, no, debemos llevarles la luz del

comunismo, la luz de nuestra doctrina de la fraternidad de todos los trabajadores. Mientras que ellos han venido a nosotros bajo la bandera amarilla del imperialismo ladrón, nos dejarán bajo la bandera roja de la revolución y del comunismo. Necesitamos lucha despiadada en la batalla y magnanimidad hacia el enemigo cautivo. Odio implacable a los magnates y capitalistas, mano tendida de amistad a las masas trabajadoras polacas. No permitiremos que nadie coarte nuestros derechos, pero no pondremos una mano sobre la independencia del pueblo polaco. Y creemos, sabemos, que la república polaca saldrá de esta guerra diferente de lo que era.

Durante siglos nuestro país, Rusia, estuvo bajo un estandarte en el que aparecía un águila bicéfala. ¿Qué significaban esas dos cabezas? Una de ellas mordía y desgarraba al pueblo trabajador ruso, mientras que la otra se dirigía a las tierras fronterizas (a los polacos, los lituanos, los estonios, los finlandeses) y amenazaba a otros pueblos más allá de las fronteras de Rusia. Tales eran las dos cabezas del águila zarista depredadora. Hemos cortado ambas cabezas, vivimos hoy bajo una nueva bandera, en la que aparecen una hoz y un martillo, símbolos del trabajo, y el trabajo lleva a los pueblos a la fraternidad.

La república polaca no es una república del trabajo, no, es una república de la burguesía y la alta burguesía. Su emblema muestra un águila blanca: es cierto, un águila con una sola cabeza, pero es la cabeza de un ave de rapiña, que gira tanto a la derecha como a la izquierda, para morder y desgarrar tanto a sus propios trabajadores y campesinos polacos como a los ucranianos y bielorrusos. Esta águila blanca ya está cubierta de sangre. Y nuestra tarea ahora es cortar la cabeza del águila polaca depredadora, y ayudar así a los obreros y campesinos polacos a levantar sobre la república polaca una bandera que exhiba, al igual que nosotros, los símbolos del trabajo. Entonces no habrá enemistad entre Polonia y Rusia, sino unidad y fraternidad, y todos podremos dedicar todas nuestras fuerzas al trabajo tranquilo, pacífico y honesto. Y entonces sacaremos a nuestro país de la pobreza, el desorden, la miseria y la enfermedad, y lo transformaremos, mediante el trabajo de cientos de miles de obreros y campesinos, que ahora están derramando su sangre en los frentes, en un jardín floreciente, donde la gente, en medio de la prosperidad y el trabajo tranquilo y feliz, se deleitará en la ciencia y el arte, y creará mejores condiciones para las generaciones venideras, de modo que toda la humanidad pueda convertirse, por fin, en la dueña verdaderamente libre de nuestro planeta.

Por esta causa, camaradas, debemos rechazar ahora a la alta burguesía polaca. ¡Y este desaire se lo daremos! Nos han desafiado, y lucharemos esta guerra hasta el final. Por nuestra libertad y por la vuestra, decimos a los obreros y campesinos polacos, “avanzamos a vuestro encuentro”. ¡Viva Polonia obrera y campesina! ¡Viva la Rusia obrera y campesina! Y, ¡viva la revolución mundial que liberará a todos los trabajadores!

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)